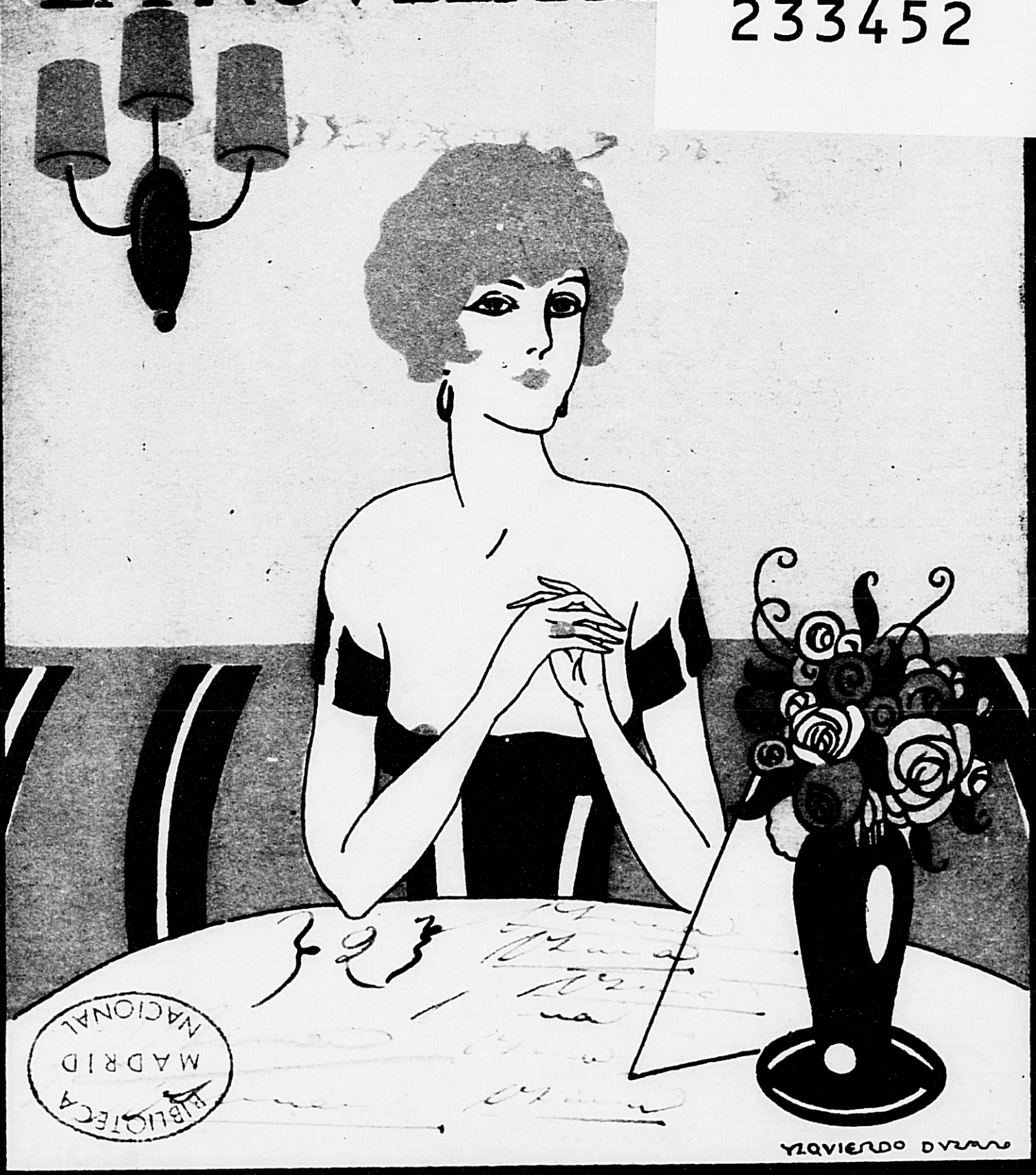
1
233452

LA NOVELA DE



La dama del Palais

JOAQVIN BELDA

3. Pta.

1

233452

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MENDIZÁBAL, 42

TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

Madrid y provincias:		**Extranjero:**	
Año.....	14 ptas.	Año.....	22 ptas.
Semestre...	8 —	Semestre...	14 —

Portugal y América: Año, 16 ptas.; semestre, 10.

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de giro postal, sellos de correos o sobre monedero.

47/1504260

LA NOVELA DE NOCHE

NUMEROS PUBLICADOS

1, La hija de la Cortesana, por «El Caballero Audaz». Ilustraciones de *Penagos*.—**2, Demasiado hermosa,** por Rafael López de Haro. Ilustraciones de *Ribas*. **3, La casa de "La Trini"**, por Emilio Carrère. Ilustraciones de *Varela de Seijas*.—**4, El veneno de la aventura,** por Alvaro Retana. Ilustraciones de *Guillén de Villena*.—**5, El Palomar**, por Joaquín Belda. Ilustraciones de «*Demetrio*».—**6, Relato inmoral,** por Wenceslao Fernández Flórez. Ilustraciones de *Dichi*.—**7, Astucias de mujer,** por Eduardo Zamacois. Ilustraciones de *Vázquez Calleja*.—**8, La comedia de la honorabilidad,** por Antonio de Hoyos y Vinent. Ilustraciones de *Antonio Juez*.—**9, Los pecados de Carmina,** por Alberto Valero Martín. Ilustraciones de *Robledano*.—**10, A todo amor,** por Felipe Sassone. Ilustraciones de *Penagos*.—**11, Miguelillo, el de la Cava,** por Antonio Casero. Ilustraciones de *Casero (hijo)*.—**12, Felicidad,** por Alberto Insúa. Ilustraciones de *Vázquez Calleja*.—**13, Un consentido,** por Juan Ferragut. Ilustraciones de *Izquierdo Durán*.—**14, El diablo con faldas**, por Alvaro Retana. Ilustraciones de «*Demetrio*».—**15, La maldita carne**, por Fernando Mora. Ilustraciones de *Rivero Gil*.—**16, Rocío, "la Pilares"**, por Enrique Domínguez Rodiño.—Ilustraciones de *Baldrich*.—**17, Una pobre vida,** por Eduardo Zamacois. Ilustraciones de *Varela de Seijas*.—**18, Ponchín I, "Rey de la casa"**, por Andrés González Blanco. Ilustraciones de *Augusto*.—**19, Amalia, "la Palo Santo"**, por Joaquín Belda. Ilustraciones de *Puig*.—**20, Noche de San Juan,** por Alfonso Vidal y Planas. Ilustraciones de *Baldrich*.—**21, No por obra de varón...,** por Vicente Díez de Tejada. Ilustraciones de *Ochoa*.—**22, La dama del Palais,** por Joaquín Belda. Ilustraciones de *Izquierdo Durán*.

LA NOVELA DE NOCHE

PUBLICACIÓN QUINCENAL

APARTADO 473

Año II. Madrid, 15 de febrero de 1925 Núm. 22

LA DAMA DEL PALAIS

POR

JOAQUIN BELDA

Ilustraciones de IZQUIERDO DURÁN

UNA PESETA

MADRID
SUCESORES DE RIVADENEYRA (S. A.)
Paseo de San Vicente, 20.—Teléfono 376 J.
1 9 2 5

EDITORIAL "ATLANTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los días, novela (tercera edición).
«Volvoreta», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, 2.ª edic., 4 pesetas.

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, 4 pesetas.
El hijo legal, por Artemio Precioso, 4 pesetas.
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, 5 pesetas.
Hampa y miseria, novela, por José Más, 5 pesetas.
La España chica, por José Cuartero, 4 pesetas.
Un hombre visto por dentro, por Rafael López de Haro, 5 pesetas.
Cielo y fango, novela, por Alfonso Vidal y Planas, 5 pesetas.

EN PRENSA.

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

LA DAMA DEL PALAIS

PERSONAJES

Alfonsina.....	Edad incierta.
Odette.....	Idem íd.
Maturana.....	Cuarenta años.
Monsieur Bidache.....	Cincuenta.
El marido de Alfonsina.....	Sesenta.
Un millonario yanqui.....	Cincuenta.

R. 322190

LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Antonio de Hoyos y Vinent, W. Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba, Rafael López de Haro, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Artemio Precioso, Alfonso Vidal y Planas y otros.

Lea usted, coleccione usted

LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :-: Los mejores autores y dibujantes. :-: Interesantes interviús. :-: La más popular.

TREINTA céntimos ejemplar.

—¿Quién es esa mujer?

—Vive en el Palais.

—Bueno; pero ¿quién es?

Monsieur Bidache miró a Maturana con la cara de reproche asombrado que se pone siempre que se escucha una pregunta superflua.

—¿No le digo que vive en el Palais?

El bueno de Bidache, biarrot antiguo y de los más consecuentes, decía aquello con la tranquila suficiencia de quien en las palabras da la biografía completa de una persona. Para él, que amaba y conocía Biarritz casi desde los tiempos de la emperatriz Eugenia, un



ser humano que viviese en el Hôtel du Palais—lo mismo daba que fuese caballero o señora—, no necesitaba más títulos ni más carta de presentación.

Maturana, al cabo, lo comprendió así. Pero como a él lo que le interesaba era averiguar algo, dijo, un poco ofuscado:

—Total: que no sabe usted quién es.

—Creo que es una yanqui.

—¡Ca! La he oído hablar anoche en el Casino, y pronuncia el francés tan admirablemente como usted.

—¡Ah! ¿Sí?

—¡Vaya!

—Entonces, no sé...

—Menos mal que lo confiesa.

—¿Le parece poco saber dónde vive? Los demás pormenores se los pueden dar en la Administración del hotel.

—Eso, sí; y si se lo pregunto a ella, puede que también me lo diga.

A todo ello, la dama que había provocado el diálogo anterior se había perdido ya entre la multitud que llenaba aquella noche el andén de la gran playa.

Su abrigo blanco no era ya más que una mancha que desaparecía entre el manchón total de la muchedumbre.

¿Cómo era? Alta, bien construída y rubia, a juzgar por las dos guedejitas que le caían a ambos lados del rostro, saliendo del diminuto sombrero. Andaba maravillosamente; poseía unos ojos verdes mucho más expresivos que un guiño, pero...

Pero no era guapa.

Yo te ruego, lector, que me perdones si hago que la protagonista de mi narración no sea guapa; esto quizá defraude un poco tus esperanzas, y, desde luego, no está de acuerdo con la manera de *hacer* de la mayoría de los señores literatos.

No es mía la culpa. Para atenuarla un poco permíteme una ligera digresión.

En ciertos países, y no vale señalar para que no le tachen a uno de antipatriota, se le da una excesiva importancia a la belleza de la mujer. La hembra que es guapa lo es todo.

Ello ofrece dos inconvenientes: el primero es que la infeliz que sale fea—y no es copla—no puede dedicarse más que a religiosa o a dar conferencias feministas; el segundo, más que un inconveniente, es una tragedia.

Porque la mujer guapa, por el mero hecho de serlo, ya se cree dispensada de toda otra preocupación.

Y no me refiero a la preocupación de tener sentido común y cultivar un poco la inteligencia, pues esto, en la casi totalidad de las mujeres, es algo reñido con su propia constitución; me refiero a la preocupación de cuidar sus propios encantos, haciéndolos va-

ler lo más posible, procurando, con el aseo continuado, que duren mucho tiempo, y evitando el escollo de la gordura, saliente rocoso en el que vienen a dar antes de los treinta años muchas de las mujeres de... esos países.

La mujer que solamente es guapa, es bien poca cosa. Si, además de la belleza que Dios le dió, no pone ella su esfuerzo para conseguir simpatía, agrado, elegancia en el vestir y hasta gracia para andar por la calle, será una pava hermosa, pero nada más.

Y las pavas no suelen gustar a los hombres civilizados.

Y Maturana lo era en grado sumo.

Felizmente, la que desde ahora llamaremos la dama del Palais, no tenía de pava más que lo sabroso.

Antes se ha dicho que no era guapa; pero ha faltado añadir el siguiente dogma:

Ni falta que le hacía.

Maturana venía todos los años a Biarritz desde hacía muchos.

Y tenía la excelente costumbre de hospedarse cada temporada en un hotel distinto.

Decía él, y razón le sobraba para decirlo, que en cuanto el dueño de un hospedaje cualquiera—en Biarritz o en otro punto del planeta—veía que un cliente reincidía al cabo de unos meses, sentía hacia él un desprecio inconsciente, que le obligaba a aumentarle el importe de sus facturas. En los hoteles, la reincidencia se castigaba, como en los códigos penales.

En virtud de esa teoría, Maturana cono-

cía, por haber vivido en ellos, muchos de los hospedajes de Biarritz. Claro que para conocerlos todos habría necesitado el transcurso de un siglo.

Donde no se había hospedado todavía era en el Palais.

Sus recursos económicos le alejaban de ciertas fantasías. Y en esta ocasión lo lamentaba más que en otra alguna, porque si él hubiera vivido en el Palais...

Al llegar aquí, el curso de su pensamiento se interrumpió, como el de quien ve a tiempo que va a despeñarse por el acantilado de las tonterías.

—Bueno; y si yo viviera ahora en el mismo hotel que esa dama, ¡qué!

Porque si la tal era de las abordables, con abordaje más o menos costoso, cien ocasiones habría en la vida libre de la famosa playa para establecer el contacto, fuera del hotel.

Y, en cambio, era muy posible que ella, como hacían muchas de su oficio, y siguiendo, sin conocerlo, el consejo de los gitanos: *Donde vivas, no hagas daño,* no quisiese, dentro de la severidad suntuosa del Palais, ejercer ni siquiera los prolegómenos de su honrosa profesión.

—Muy callado se ha quedado usted—le dijo monsieur Bidache con un poquito de zumba.

—Es que me ha entrado sueño.

—Pues si quiere usted, nos vamos a la cama.

Esta frase, que a alguno de los censores literarios que ahora usamos en España puede que le parezca pornográfica, no tiene, en verdad, nada de ello.

Porque lo que el francés Bidache proponía al amigo Maturana era que se fuera cada uno a su cama, a dormir en paz y en gracia

de Dios: no que se acostaran juntos. ¡Por Dios, Obdulia!

¿Que tú, lector, ya lo habías comprendido así? Ya lo sé; pero es que tú eres una persona inteligente. La aclaración no va por ti; va por... los otros.

—No es mala idea ésa de irse a dormir.

—Pues a ello.

Monsieur Bidache vivía en la calle de Víctor Hugo, y Maturana, este año, saboreaba las delicias de ser huésped nuevo en un hotel de la de Mazagrán, suntuoso edificio que durante la guerra había servido de hospital militar.

Ambos amigos irían, pues, juntos hasta la plaza de la Mairie.

Siguieron todo el andén de la gran playa; pasaron ante la galería baja del Casino Municipal, y admiraron una vez más el ingenioso buen humor del *jazz-bandista* del sex-



teto del café, que a la sazón, accionando uno de sus cuplés, se daba una voltereta por entre las mesas, manteniendo en la boca los dos palillos con que golpeaba el tambor.

Subieron a la plaza por la esquina del Biarritz Bonheur, y se separaron a poco.

—¿Mañana...?

—A las once, en el Port Vieux, como siempre.

—Que descanse usted.

—Igualmente.

—Y no vaya usted a soñar con *ella*.

—Otros sueños habría más desagradables.

Maturana era un hipócrita.

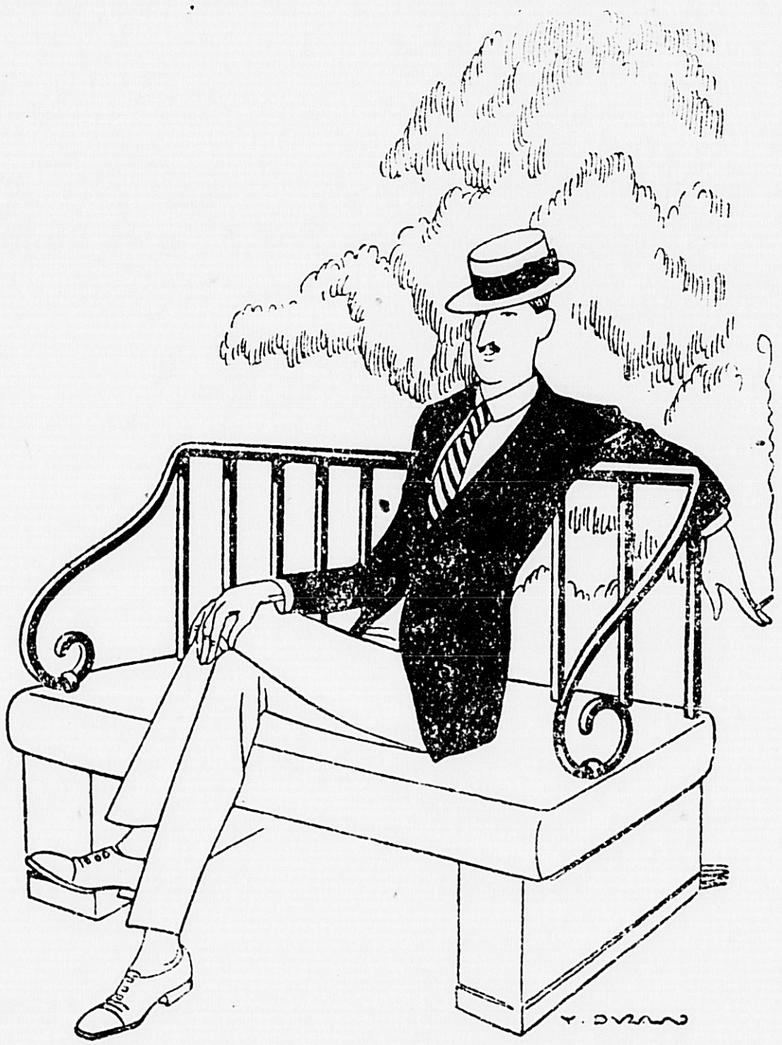
Se hace esta afirmación porque él, tácitamente, con su conducta, había dado a entender a su amigo que ahora se iba tranquilamente calle de Mazagrán abajo, en busca de la honestidad de su alcoba de soltero. Y no había tal cosa.

Esperó, caminando muy despacio, a que Bidache hubiera avanzado un buen trecho por la calle de Víctor Hugo, y, volviendo sobre sus pasos, bajó de nuevo a la playa.

Esta vez buscó de propósito los caminos menos concurridos, ya que a la gran playa de Biarritz, como a Roma, se puede ir por mil senderos distintos.

Por la avenida de Eduardo VII ganó el descenso que hay frente a los soportales de Lacombe, y pasando frente a la villa que sirvió de sucursal a Poiret, el gran modisto parisién, siguió por el camino que bordea el *tennis* del hotel Victoria, y que es uno de los parajes más discretos de todos los alrededores de la playa.

A estas horas no había por allí casi nadie; de cuando en cuando, como única señal de vida, un carruaje de alquiler pasaba ligero, al trote largo de su yegua de Tarbes.



Maturana llegó hasta el monumento a Eduardo VII, y buscando por allí el banco más próximo a la verja del Palais, sentóse en él, cruzó las piernas y se puso a mirar a las estrellas.

El silencio habría sido casi absoluto de no turbarlo con su grandeza el mugido perenne del mar, cuyo festón de espumas, ahora en marea alta, llegaba a unos metros más allá del paraje en que Maturana se había situado.

El hombre, mirando siempre a las estrellas, esperó.

Te ruego, lector, que no hagas mucho caso de la palabra con que termina el capítulo anterior. Es una de esas cosas que los escritores ponemos cuando deseamos que una narración, o simplemente una parte de ella, termine en punta para dejarte un poco intrigadillo.

Maturana, sentado en aquel banco, en aquel paraje de Biarritz, y pasada la media noche, no esperaba nada, porque nada podía esperar.

Estaba allí por puro romanticismo, por uno de esos sentimentalismos ultrapoéticos que atacan a veces hasta a los carabineros, y que no tienen finalidad alguna práctica.

Conservaba intacto el sentido común, y éste le decía que no era posible que la puerta de la verja del Palais se abriese de pronto, apareciese en ella la dama misteriosa y, dirigiéndose a él, le invitase a compartir el lecho.

Estas cosas no pasan más que en las novelas, especialmente en las de los autores que tienen fama de vivir las suyas antes de escribirlas, inspirándose así directamente en la realidad.

Aquí lo que pasó fué que Maturana se cansó muy pronto de mirar a las estrellas, que realmente estaban preciosas aquella noche; había entablado ya relaciones con la Osa Mayor, con la Vía Láctea y con alguna otra constelación de nombre tan divertido como las anteriores, cuando dejó de mirar a lo alto.

En realidad, fué que se le cansó el cuello de lo violento de la postura.

Dedicóse ahora a contemplar otras estrellas, más a ras de tierra y, por más cercanas, más luminosas; tales eran las ventanas y balcones del Hôtel du Palais en la fachada que Maturana tenía enfrente, y que era la que daba a la playa.

Por Biarritz circulaba una leyenda muy pintoresca, como todas las leyendas. Se decía que la Administración del famoso hotel, cuando la temporada estaba en sus comienzos y la animación era todavía escasa, encendía de noche la mayoría de las habitaciones—encenderlas todas habría sido burdo—para hacer creer al que contemplase de fuera aquel gigantesco casillero luminoso, que el palacio estaba casi lleno.

El gasto de luz no importaba, sobre todo teniendo en cuenta que el Palais tenía en su recinto una fábrica de energía eléctrica para atender a sus necesidades.

Matorana recordaba ahora la leyenda al contemplar aquellos balcones, iluminados en su mayoría.

¿Cuál de aquellos cuadrados de luz correspondería a la habitación de *su* dama? Empezó a hacer cábalas: aquel balcón del segundo piso, por ante el cual circulaba constantemente una sombra, bien podía ser el que él necesitaba adivinar.

Pero no: más bien sería aquel otro de la esquina, más cerca del mar. Una dama de la categoría aparente de la que ahora ocupaba sus pensamientos, había de estar alojada en una de las mejores estancias del palacio, y no cabía duda de que aquéllas, desde las cuales podía bañarse la vista en la inmensidad del mar, serían las preferidas.

Sí, indudablemente era aquélla. No podía ser otra.

Maturana, con ese enjuiciamiento simplis-

ta del que está dominado por una preocupación sentimental, discurría como si el Hôtel du Palais no tuviese más fachada que aquella que él tenía ahora delante de sus narices, cuando en realidad, con sus entrantes y salientes, venía a tener siete u ocho.

A cualquiera de ellas podía dar la estancia de la dama misteriosa; pero esta consideración no tenía ahora realidad alguna para el enamorado contemplativo.

¿Enamorado?... ¿Por qué no? Todo hombre, interesado más o menos por una mujer, puede decirse que lo está.

Eso de concebir el enamoramiento como una cosa de quintaesencia, que sólo cabe en espíritus exquisitos, es cosa de psicólogos literatos, que, indudablemente, son los más cursis de todos los psicólogos.

La prueba de que Maturana estaba algo enamorado de aquella mujer, con la que no había hablado nunca y a la que había visto tres o cuatro veces, era que ya empezaba a delirar un poco.

Algo de delirio tenía el edificio que iba

imaginativamente construyendo sobre la base de una realidad tan pequeña.

—Aquélla es su habitación, no me cabe duda—se decía, monologando casi en voz alta—. Ahora ha entrado en el cuarto de baño. ¡Claro! Como persona limpia y cuidadosa de su cuerpo, no se mete en el lecho sin haberse ablucionado—¡...!—con agua tibia.

Por el cuadrado de luz del balcón cruzaba una figura.

—Esa es la doncella, que acude con la esponja... Debe de ser interesante también la doncella.

Esta era una consideración que Maturana se hacía siempre, desde que en cierta ocasión, en Niza, empezó a hacer el amor a una señora fea, y terminó haciéndoselo a su doncella, que era una alsaciana guapísima.

Pasó un rato no muy largo, y el balcón quedó completamente a obscuras.

—Se ha metido en la cama. ¡Dios le dé un sueño tranquilo! Presumo que el mío no va a serlo. Debe de estar riquísima dentro del lecho.

De pronto, un pensamiento absurdo, pero con muchas posibilidades de realidad, como varios de los pensamientos absurdos, le atenazó la mente.

—¿Dormirá sola?

La idea fué de una crueldad feroz. Ante la posibilidad de que aquella mujer compartiese el lecho con alguien, Maturana vióse asaltado por unos celos tan ridículos como atormentadores.

Y en un verdadero movimiento de personaje de vodevil, adoptó una resolución heroica.

—Me voy de aquí—se dijo, poniéndose de pie—; por lo menos que no autorice yo con mi presencia, aunque sea desde lejos, la traición de esa mujer.

Y se habría marchado, de no haber visto en aquel preciso momento algo que, si al principio no hizo más que llamarle la atención, después le dejó completamente absorto.

Por el jardín del Palais, que era todo él una inmensa *pelouse* casi sin arbolado alguno, avanzaba una sombra blanca. A su lado, otra obscura caminaba, como guardando una respetuosa distancia. Ambas se dirigían a la puerta de la verja que comunicaba directamente con el andén de la playa, y que estaba siempre cerrada a estas horas de la noche.

La soledad era ya absoluta por aquellos parajes; el alumbrado público había sido ya reducido en una buena proporción, y hacía mucho rato que había cesado del todo el ruidillo del sexteto del café, que llegaba hasta allí como un lamento.

A no ser por el ruido de las olas al deshacerse en la playa, no se habrían oído más

que los sonidos de la noche, que nadie ha acertado a definir.

Y en estas horas nocturnas, que, aunque de verano, parecían de otoño, todo era propicio a las apariciones.

Pero Maturana no podía creer en una ilusión de los sentidos. Aquellas dos figuras que avanzaban por la arena del jardín del hotel tenían demasiado relieve y carecían de ese aire brumoso que suelen revestir los espectros.

Además, una de ellas, la obscura, estornudó; y ya se sabe que los espectros no estornudan.

Decididamente se dirigían a la puerta de la verja: esto intrigó algo a Maturana; pero lo que le alteró por completo el cerebro fué que la figura blanca, a medida que se iba acercando, se iba pareciendo más, en la silueta y en los movimientos, a su dama misteriosa.

¿Qué podía ser aquello? ¿A qué podía obedecer aquella salida a deshora y por una puerta extraviada?

Pronto iba a saberlo.

Porque, desde luego, decidió convertirse en espía de todo aquello. Tranquilamente volvió a sentarse en el banco y esperó.

Las dos sombras llegaron a la puerta, y la obscura la abrió; Maturana reconoció en ella a uno de los servidores del hotel.

La sombra blanca salió, y la puerta tornó a cerrarse.

Era ella: ahora sí que no le cabía duda.

Llevaba el mismo abrigo blanco, con cuello y puños de piel de idéntico color, con que poco antes la vieron Maturana y su amigo pasar ante ellos por el andén de la playa.

Salía muy de prisa, y siguió por aquel mismo andén en dirección al Casino Municipal. Maturana, claro está, se propuso seguirla, y para no hacerlo de un modo descarado, se metió por entre los jardinillos; no era fácil que se le escapase, pues su sombra blanca se seguía viendo por entre los tamarindos.

Al llegar frente a los arcos del Casino, ya el espía tuvo que acercarse un poco; el cam-

po de observación se estrechaba; pero el hombre, al ver que ella seguía siempre por el andén exterior, metióse por la galería.

Esta estaba medio a obscuras; una débil luz la alumbraba allá en el centro, frente al sitio donde, de ordinario, se colocaba la orquesta. Las mesas del café habían sido ya recogidas, y un camarero, ya sin el mandil, daba los últimos toques para el cierre del local.

La dama blanca seguía siempre adelante; para haber salido simplemente a dar un paseo iba demasiado de prisa.

¿Se trataría de una loca?

Esta duda se formulaba en el espíritu de Maturana en cuanto se encontraba en presencia de una extravagancia de cualquiera de sus prójimos. ¡Tenía un concepto tan lamentable del cerebro humano!

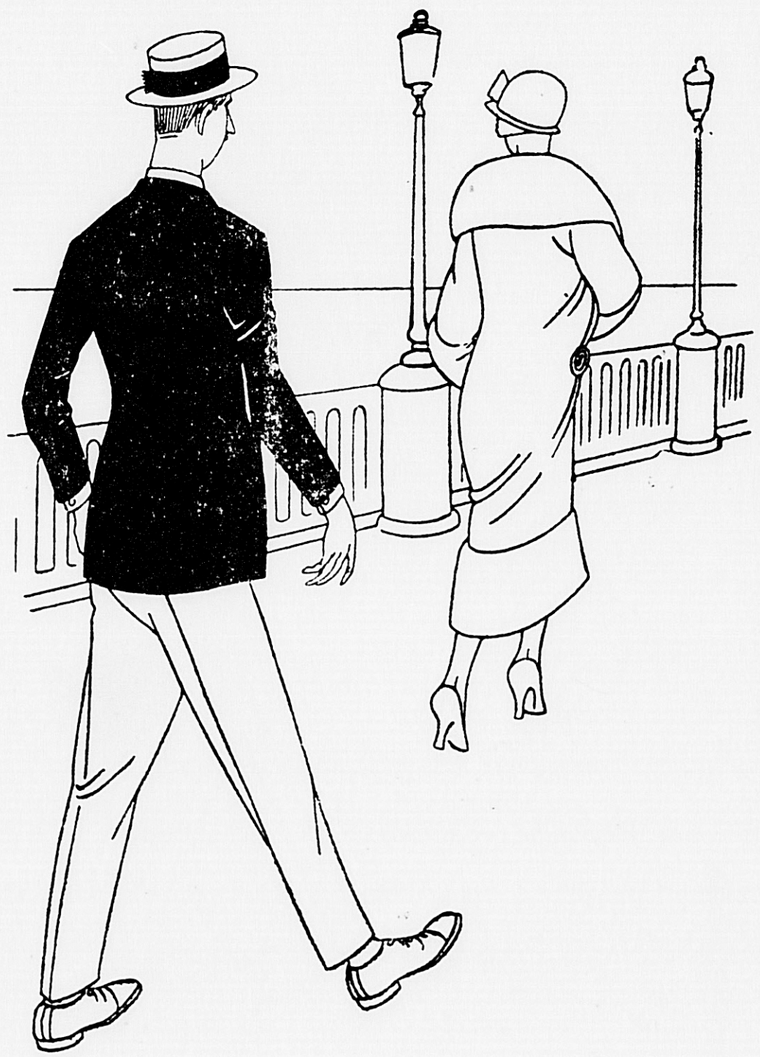
Al llegar frente a la rotonda del Casino

Bellevue, la dama pareció vacilar; miró a su izquierda, hacia los senderos que subían en pintoresco zigzag hasta la plaza de aquel nombre; por fin se decidió y continuó la marcha por la orilla del mar.

Ahora ella y Maturana marchaban por el mismo camino, aunque separados por honesta distancia; si la dama hubiera vuelto la cabeza, habría visto confusamente que alguien la seguía.

Pero no había cuidado de que la volviese. Caminaba demasiado decidida a lo suyo para preocuparse de lo que dejaba detrás.

Maturana sintió que le acariciaba la pituitaria una brisilla de perfume raro. Debía de ser el de ella; pero ¿cómo era posible que trascendiese a tanta distancia? El aire marino era capaz de disipar todos los perfumes que fabrican los hombres; pero también pensó que una ráfaga de aquel mismo aire po-



día haberle traído en un momento la oleada del perfume de ella.

Al llegar a la plaza de Santa Eugenia, nueva vacilación de la dama. ¿Seguiría por frente a la iglesia, o continuaría bordeando el mar, por encima del puerto de pescadores?

Siguió por la plaza, en absoluto desierta a tales horas.

No hay que decir que Maturana siguió tras ella, aunque dejando al pasar en medio de los dos el quiosco de la música.

La dama se encaminó al Port-Vieux. Maturana iba tras ella, como va uno tras su destino, obedeciendo a una fuerza superior.

Pasó el Port-Vieux y siguió hasta la costa de los vascos. Por lo visto, la dama, en aquel paseo nocturno un poco desatinado, pensaba recorrer todo Biarritz de punta a punta; ya le faltaba poco para ello.

Al llegar frente al "Château Basque", un

restaurante de lujo instalado en la antigua villa Delza, la dama, aquí sin vacilación alguna, penetró en el jardín.

El que vaciló ahora fué Maturana. ¿Penetraría él también bajo la misteriosa arboleda del restaurante, romántico retiro en un promontorio sobre el mar, como una ilustración de una poesía de Heine?

No entraba en sus cálculos a tales horas; y además, sabía que allí la más liviana copa de coñac costaba cinco francos.

¿Qué hacer?... ¿Esperar la salida de la dama, recostado en el pretil del puente del Diablo? ¿Y no sería mejor enterarse de lo que había ido a hacer allí dentro?

Tuvo un arranque, anduvo los pasos que le separaban de la verja, y penetró en el misterioso recinto, donde, por cierto, se comía bastante bien.

El jardín, como todas las noches en que no había habido fiesta o comida de gala, estaba ya semidesierto a tales horas.

El alumbrado había sido disminuído, y bajo los árboles sólo había tres mesas ocupadas. Dos de ellas por unas muchachas y unos muchachos, que, dado lo que alborotaban, debían de ser indudablemente españoles o americanos. En la tercera había un señor patriarcal, con unas barbas blancas tan profusas, que casi se le metían en un plato que tenía delante, y del cual iba extrayendo unos cuerpos duros, que chupaba con delectación y luego tiraba: debían de ser almejas o caracoles.



Una musiquilla muy tenue, que parecía salir del fondo de un baúl, tocaba un *fox-trot* de "Dedé". Y el asombro de Maturana fué ilimitado cuando al dar vuelta a una especie de plazoleta que había en el centro del jardín, vió a la dama blanca bailando aquel *fox-trot* en brazos de un hombre alto, correcto, afeitado y bien parecido.

No había más pareja que ellos.

¿Era posible? ¿De modo que aquella mujer había salido de su albergue a altas horas de la noche, y se había dado una carrera loca por todo Biarritz, sólo por el gustazo de bailar un *fox?*

Lo dicho: una demente; pero una demente para volver loco a cualquiera.

Además, él había visto que acababa de entrar en el local solamente unos segundos antes que él; y al llegar, ya se la encontraba bailando. Por lo visto su pareja la esperaba



con los brazos abiertos, y ella, al llegar de la calle, no había tenido más que caer en tales brazos.

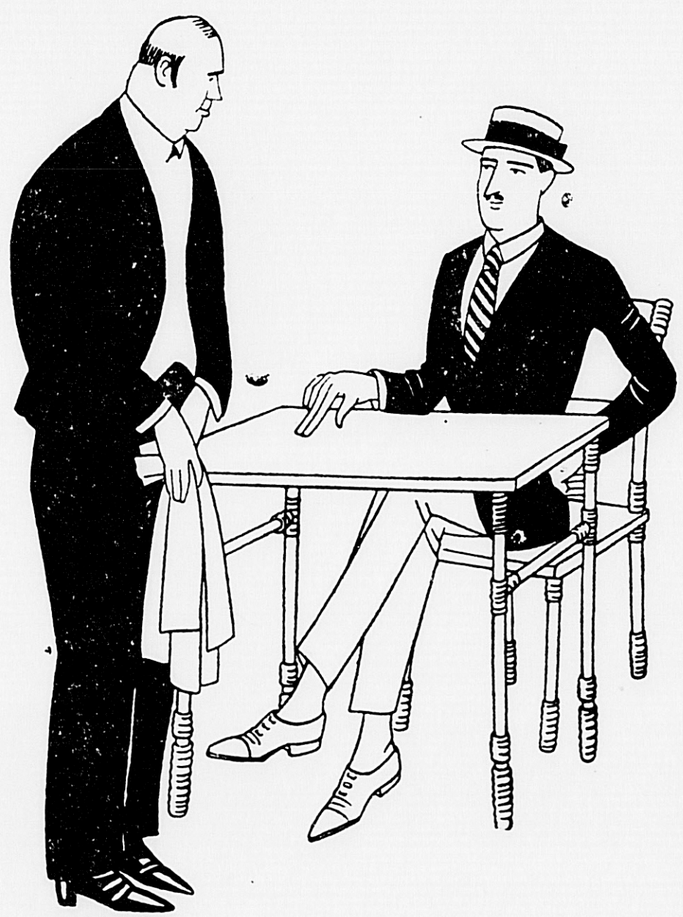
Maturana decidió sentarse a una de las mesas. Antes, y para disimular, miró a todas partes, como si hubiera entrado allí buscando algo.

Pidió nna copa de coñac.

Cesó el *fox,* y la dama blanca, que para bailar no se había despojado del abrigo, fué con su pareja a sentarse ante la mesa del señor de las barbas blancas.

Antes de hacerlo se quitó el abrigo.

Iba, gracias a Dios, casi desnuda: el traje terminaba un poco más arriba de las fresillas pectorales, y las mangas no existían, terminando el vestido en el arranque del hombro. Y no era porque fuese vestida con uno de esos trajes llamados de *soirée* que en Madrid se ponen para ir a los teatros de postín y a



las comidas las damas de las cofradías y de las catequesis moralizadoras; no. Era que ahora, el Altísimo sea loado, todos los trajes, incluso los de luto, eran así.

Maturana examinaba con cierto despecho el triduo instalado ante la mesa, en la que reinaba ya la insolencia de una botella de *champagne,* metida en la cubeta heladora.

¿Qué lazo, de parentesco o de lo que fuera, unía a aquellos tres seres?

El, hasta ahora, había visto siempre sola por Biarritz a la dama de sus pensamientos. ¿Qué era de ella aquel señor de las sedosas barbas blancas? ¿Su abuelo? ¿Su padre? ¿O, simplemente, el marido de su madre?... ¡La vida tiene a veces tales complicaciones!

Pues ¿y el otro, el hombre correcto que bailaba con ella? ¿Su amante? ¿Su hermano? ¿El bailarín de la casa?... Por la voracidad con que se sorbía las copas de *champagne,*



como si no lo hubiera probado nunca, más bien parecía un repórter de sucesos.

Se fueron los alborotadores de las dos mesas. En esta conjetura sí que no se había equivocado Maturana: eran las dos cosas, españoles y argentinos, la gente que más grita y alborota en el mundo... si no existieran los italianos.

A Maturana le aumentó el azoramiento al verse solo en el jardín con el trío famoso; hasta el camarero, único que quedaba, se había retirado discretamente al interior de la villa.

El silencio no era interrumpido más que por la animada conversación que mantenían la dama y sus acompañantes. El español prestó atención; por fin iba a enterarse de algo.

Pero la suerte no le ayudaba. ¿Qué idioma hablaban aquellas gentes? Maturana no conocía más que el francés y un italiano de

ópera, con el que se defendía muy bien cuando llegaba el caso; pero de lo que parlaban estos tres, ni una palabra.

¿Era inglés? Lo parecía, pero más fuerte, más cerrado, más duro que el inglés verdadero.

Lo que fuera: el caso es que él se quedaba sin enterarse, y ello le produjo una rabia loca. ¿Por qué no había de existir un idioma universal, al menos para estos casos?

Media hora nada más pasó. El tiempo azul de la noche caminaba hacia el gris ceniciento del amanecer.

Durante esos treinta minutos, los tres ocupantes de la mesa habían continuado su conversación animada, y Maturana, para no hacer del todo el ridículo, habíase visto obligado a pedir otra copa de coñac.

Al cabo de esa media hora, la dama se puso de pie, colocóse de nuevo el abrigo blanco, y, con la misma desenvoltura con que había entrado, salió a la calle.

No es que Maturana vacilase en la conducta a seguir: era que temía ser notado en de-

masía por los dos caballeros que quedaban a la mesa.

Había entrado a los dos segundos de entrar aquella dama; si salía al poco tiempo de salir ella, ¿no serían demasiadas coincidencias?

El tiempo iba pasando, y la dama, si llevaba el mismo paso que había traído, debía haberse alejado ya un buen trecho. Maturana se alzó en su asiento de un modo eléctrico y salió también a la calle.

En efecto: la dama, cuando su perseguidor doblaba la curva del Port-Vieux, cruzaba ya la plaza de este nombre. De no ir vestida de blanco, Maturana no la hubiera distinguido en la obscuridad de la noche.

Avanzó decidido, y a la entrada de la calle de Mazagrán emparejada con ella.

La interpeló en francés:

—Señora, usted dirá que soy un atrevido, pero...

Ella hizo como que no le oía.

—Sí; ya sé que lo lógico y lo correcto es que no me conteste usted, pero...

La dama no creía necesario inmutarse: ni apresuraba ni acortaba el paso.

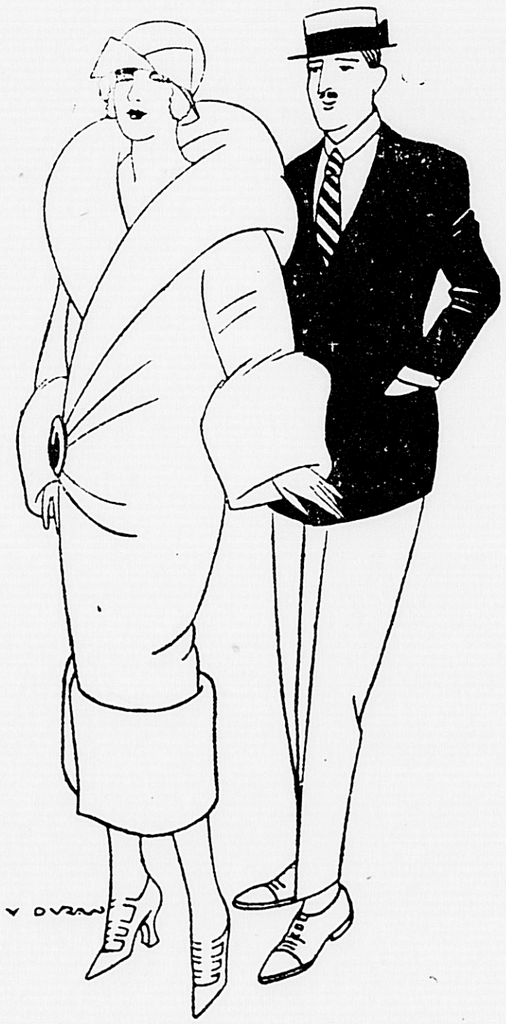
—Tenga usted en cuenta que yo soy español; es decir, ciudadano de un país donde somos todos muy pillines y muy conquistadores. En España, un hombre que no haga más que mirar a una mujer guapa, hace un poco el ridículo; allí con las mujeres empleamos el mismo procedimiento que con las reses bravas: el acoso.

Seguía el silencio en la interpelada.

Llegaban ya a la plaza de la Mairie.

—¿Será sorda esta dama?—pensó Maturana.

Pero en seguida discurrió que la suposición era absurda: aunque fuese más sorda que un crítico musical, no por ello iba a de-



jar de comprender, en el gesto y en el ademán de Maturana, que éste iba haciendo un derroche de elocuencia.

—Yo, señora, no deseo de usted más que una cosa: saber quién es... Y no vaya usted a decir que eso a mí no me importa, pues cuando se está enamorado de una mujer le importa a uno todo lo que a ella se refiere.

Sorda no sería, pero muda, desde luego.

Iban camino del Palais; pero ahora, por lo visto, quería la dama entrar por la puerta principal, pues bajaban por la avenida de Eduardo VII.

—Sí, señora; ya que lo he dicho, no quiero volverme atrás; desde hace unos días es usted para mí como una obsesión. Cada vez que me la encuentro al azar, por la calle, experimento una alegría muy grande; en cambio, el día que no la veo, me acuesto con mal sabor de boca. ¿No le parece a usted, señora, que esto pasa de lo normal?

De donde pasaban ya los dos era del Hôtel du Palais.

Maturana, con su verborrea incongruente, no se dió cuenta de ello hasta que no pasaron al extremo de la gran verja que circundaba el jardín de la hermosa finca. ¿Sería que la dama querría entrar ahora por otra puertecilla excusada, el extremo opuesto de por donde había entrado antes?

Pero no; seguía ya muy decidida camino del Hotel Regina y de la explanada del faro.

Maturana comenzó a escamarse. ¿Dónde iba aquella mujer?

A él, aquel paseo nocturno, que muy pronto iba a resultar mañanero, no le hubiera parecido mal, y aun le habría parecido corto, de ir los dos en coloquio animado, en diálogo amoroso.

¡Pero aquel monólogo de vendedor de específicos al que nadie compra le resultaba fatigante!

Muy pronto iba a amanecer; muy pronto los cocheros del servicio público que encerraban por aquella parte de los alrededores de Biarritz y que se dirigían al centro con sus carruajes, iban a verlos en aquella actitud, desairadísima para él, y hasta puede que peligrosa.

Porque si aquella mujer era casada, o tenía un hombre que pudiera pedirla cuenta de sus actos...

Habían pasado ya también el Hotel Regina, y la dama seguía andando.

Ahora se metió por el caminito que conducía a los alrededores del *golf*. Por lo visto aquella mujer se proponía ir a pie a Bayona.

Pero a Bayona por la barra, que es el camino más largo.

—Pues, como le iba diciendo, para mí es usted la mujer más interesante que hay este año en Biarritz. Yo veo en usted...; en concreto no sé lo que veo; lo único que sé...

Había empezado francamente a amanecer. Seriamente, ¿qué se proponía aquella mujer con semejante caminata? Porque estaban ya

en pleno campo, en ese campo lleno de villas y de casitas modestas, más poblado que algunas ciudades, y que es todo el camino entre Biarritz y Bayona.

Maturana, buen conocedor de todos aquellos parajes, se vió, sin embargo, en un cruce de caminos para volver a Biarritz, desde el cual hubiera tenido que preguntar por el más corto.

Al fondo, a la derecha, destacaba la techumbre de un edificio que fué convento, como lo prégonaban las cruces que coronaban todos sus salientes, y que era ahora un colegio de señoritas.

—Usted se obstina en callar; pero yo, por lo menos, ya sé una cosa de usted: que la gusta el campo con locura. Sólo así se concibe que, a estas horas, salga a darse un paseo campestre sin un objeto determinado.

Se diría que la dama, desde que estaban

en pleno campo, abría más el compás de sus piernas a cada paso, y, por lo tanto, caminaba más de prisa. Por lo visto, la carrera de ida y vuelta desde el Palais a la costa de los vascos le había servido de entrenamiento.

Iban ya por un camino en línea recta, metido en una hondonada y guarnecido a derecha e izquierda por verdaderos bosques de pinos. Era una de esas rutas que se ven en las películas, por las que se deslizan los automóviles en carreras locas, huyendo de la Policía o simplemente de las suegras secuestradoras.

Maturana sabía muy bien que siguiendo por aquel camino, y casi sin doblar una sola curva, se llegaba al hipódromo de la Barra. ¿Es que la dama se proponía llegar hasta allí?

En tal caso, nadie podía calcular dónde les cogería la hora del desayuno. Maturana

había oído decir muchas veces, por boca de un hombre apasionado:

—Sería capaz de seguir a esa mujer hasta el fin del mundo.

Ahora veía que tal frase, llevada a una realización práctica, ofrecía algunos inconvenientes.

Empezaban a cruzarse con hombres sueltos y hasta con grupos pequeños: eran trabajadores que, habitando en el campo, se dirigían a las muchas obras que había en Biarritz.

Abundaban entre ellos los españoles, que, sin duda por pertenecer a un país feliz y donde todo está admirablemente dispuesto, como España, se veían obligados a pasar al otro lado de sus fronteras para poder comer. Y, ¡cosa rara!, no se notaba en ellos esa melancolía, esa nostalgia de la patria ausente de que nos hablan los poetas que cobran del



presupuesto de Instrucción pública; al contrario, iban gozosos y alegres, pensando en la proximidad de la primera taberna rural, para vaciar en ella un vaso de rojo vino francés..., que también era muy patriota.

Maturana, que no había salido de España buscando trabajo, sino descanso y diversión, cada vez que en el camino se cruzaban con aquellos madrugadores, interrumpía su monólogo y marchaba al lado de la dama, fingiendo una preocupación muy grande. Quería evitar que se dieran cuenta de lo ridículo de su situación de hombre que habla y nadie le contesta.

Y, por lo visto, no le iban a contestar nunca. Además, con su actitud, aquella mujer le daba a entender que no le tenía miedo de ninguna clase.

Sola con él por aquellos caminos, y sin un mal revólver para defenderse, Maturana ha-

bría podido hacerla suya sin más que tirarla a la orilla de la carretera, al pie de uno de aquellos pinos que sudaban resina, como dando ejemplo al hombre de lo que tenía que sudar para vivir.

Decididamente se encaminaban a la barra del Adour. Hasta llegar al hipódromo, Maturana dijo aún una serie de nuevas incongruencias, de las cuales hacemos gracia al lector, porque suponemos que ya estará cansado de oírlas.

La dama seguía muda. Era una andarina formidable; a lo mejor premio en algún concurso de *globes-trotters*.

Vestida como cuando daba mañana y tarde uno de aquellos paseos rápidos por el andén de la gran playa, que a Maturana extasiaban, se diría que, al salir del hotel a media noche, había contado ya con aquella excursión matutina, que parecía una idiotez de un cazador de grillos.

Y, sin embargo, todo había sido imprevisto.

Al llegar la pareja a la curva violenta que hace el camino, pasado el hipódromo y ya en las cercanías del río, la dama se paró en seco, como si se hubiera dado a sí misma freno automático.

Maturana, sorprendido, paróse también. Ella le miraba a la cara con gesto decidido, pero sin enfado. Al cabo de unos segundos le dijo, con la voz más agradable y dulce que el hombre había escuchado en su vida:

—Bueno; pero usted, ¿qué es lo que se propone? Porque le advierto que yo soy capaz de seguir andando así hasta Burdeos... Ya lo he hecho más de una vez.

Hablaba castellano, con eso que se ha convenido en llamar acento extranjero, como si en el extranjero no hubiera setenta y seis acentos distintos. Ablandaba las erres como

los franceses, abría las palabras como los ingleses y cantaba un poco al hablar, como los italianos.

—Esta dama debe poseer varias lenguas —pensó Maturana.

Sin embargo, él, dentro de la boca, no le veía más que una.

La dama le había interpelado, y él debía contestar. Había llegado el momento decisivo.

Para retrasarlo todo lo posible, planteó él a su vez una pregunta:

—Y usted, ¿por qué no me ha contestado antes?

—Porque no tengo la costumbre de pararme a hablar en la calle con el primer desconocido.

—No tenía usted necesidad de pararse; podía hablar andando, ya que eso de andar se lo encuentra usted hecho.

—No lo sabe usted bien.

—Además, yo no soy un desconocido para usted. Desde hace unos días nos encontramos en todas partes.

—Como me encuentro a diario varias veces con el que vende *Le Matin,* y con el muchacho de los barquillos.

—Muy bien; pero yo la quiero a usted.



—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué?

—¡Claro! ¿Qué pretende usted de mí?

Maturana, animado sin duda por el fresco de la mañana, tuvo una audacia.

—¿Que qué pretendo? Lo que un hombre pretende de una mujer cuando la quiere.

—No entiendo ese lenguaje; pero como no es cosa que estemos aquí usted y yo charlando hasta la consumación de los siglos, yo no tengo inconveniente en que, si quiere decirme algo, venga esta tarde a buscarme al Palais a la hora del almuerzo.

—¿Me convida usted a almorzar?

—No, señor; no entra en mis costumbres.

—Creí que era usted una mujer moderna.

—Allí estaré yo, y ya veré el modo de que nos hablemos. Pero, ¡por Dios!, procure usted no hacer tonterías.

—Lo procuraré, aunque no respondo.

—Y ahora otra cosa, y conste que ésta va como condición de que yo le reciba esta tarde. Si no me obedece ahora, no hay nada de lo dicho.

—A ver...

—Dentro de poco empezarán a pasar por ahí—señalaba a la carretera—los tranvías de la Barra; el primero que pase en dirección a Biarritz lo tomo yo, y en el primero que pase hacia Bayona sube usted.

—¿Y qué más?

—Llega usted hasta la misma Bayona, y, cuando quiera, se vuelve a Biarritz.

—¿Y qué hago yo en Bayona tan temprano?

—Eso es cuenta de usted.

—Está bien; si es una prueba de amor lo que usted me exige...

Ella, simplemente, lo que quería evitar era, primero, la vuelta a pie, ya que no era

fácil que pasase un coche por allí a tales horas, y segundo, que en el viaje de vuelta la persiguiese también el mosconeo de su admirador.

Le había gastado la broma de traerle hasta allí andando—en un paseo matutino, que a ella le sentó muy bien para sus nervios—, para ver si se cansaba, castigando así su atrevimiento, y por ese afán también de intrigarle un poco; afán que, más o menos desarrollado, tienen todas las mujeres.

Se oía a lo lejos el ruido y la bocina de un tranvía.

—Ya está ahí uno.

—¿Será el de usted o el mío?—dijo Maturana, un poco compungido.

—Pronto vamos a saberlo.

Se acercaron los dos a la diminuta estación de la Barra. El que venía de la parte del mar era un tranvía para Bayona.

—Ese es para usted, mi amigo.

—¿Y se va a quedar usted aquí sola?

—¡Bah! Ya verá cómo no me come nadie.

—Entonces..., hasta luego.

—Eso es, hasta luego.

Maturana subió al tranvía. Iba los dos vehículos casi vacíos; sólo algunos obreros que se dirigían al trabajo, a aquellas fábricas y talleres de la Bayona industrial de las márgenes del río.

Desde la plataforma dijo adiós varias veces, y con todo respeto, a la dama, que había quedado plantada al borde mismo de la vía, como para cerciorarse de que su perseguidor no se apeaba en marcha para seguir espiándola.

Una vuelta brusca de la carretera la ocultó a los ojos de Maturana.

Este iba contento, muy contento: o él entendía poco de estas cosas o aquella mujer le había dado una cita.

Sí, señor, una cita en regla para aquella tarde en el Hôtel du Palais a la hora del almuerzo. El sitio era público y concurridísimo, poco propicio a las entrevistas amorosas; pero no importaba.

Maturana era español, y, como tal, no podía admitir que una dama no se interesase por él a medida de su propio capricho.

Los españoles hemos tomado en serio eso de la herencia de don Juan Tenorio, y, gracias a ello, en materia de amor nos pasamos la vida haciendo tonterías.

Maturana, más que un admirador, era un adorador de Bayona.

Le encantaba la coqueta ciudad, que parece un inmenso hospedaje, gracias a la cordialidad con que recibe a todo el mundo: la bonita subprefectura de las márgenes del Adour es uno de esos sitios, cada día más raros en la tierra, donde, a la media hora de llegar por primera vèz, ya cree el viajero haber estado allí toda su vida.

A pesar de este atractivo que Bayona ejercía sobre el espíritu de Maturana, como sobre el de todo el mundo, el español sintióse un poco defraudado, al poner ahora el pie frente al Jardín público.

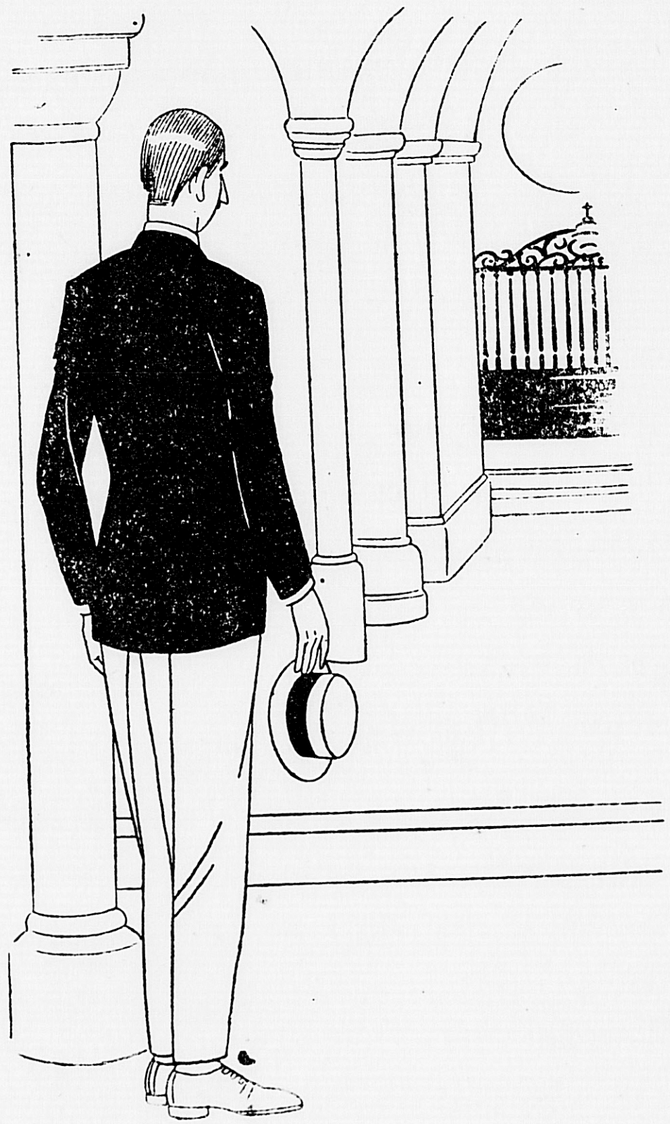
¿Qué iba a hacer él ahora en la ciudad cantada por Baroja?

Los comercios estaban aún cerrados, en las calles apenas se veía gente y la urbe tenía ese aspecto de pasillo de casa sin barrer que tienen todas a unas horas tan matinales.

Maturana, como cualquier beata toledana, se encaminó a la catedral. Oiría misa, que es cosa que nunca está demás.

Al entrar en el templo, que, sin ser Notre Dame de París, no carece de cierta grandeza, el hombre sintió un bienestar marcadísimo. ¿Por qué? No sabía explicarlo; era una cosa física—como son casi todas las del espíritu—, algo así como el bienestar que nos espera a la salida de un baño templado.

Las iglesias, dentro de la estupidez en que parece empeñada en sumergirse la mayoría de la Humanidad, van quedando como un grato refugio, al que se acogen cada vez con



más frecuencia espíritus que han perdido el contacto con la Divinidad.

Por lo menos, mientras uno está en el interior de un templo del Señor, no oye hablar a sus semejantes, como no sea en voz baja, tiene cierta seguridad de no leer periódicos madrileños, y no es probable que acaricien nuestro oído las notas ácidas de un cuplé; esto último ya es un tanto.

De cuando en cuando, como para recordarnos que nuestro aislamiento de la tontería humana no es absoluto, sube al púlpito un cura y destroza la doctrina sublime del Crucificado, infiriendo de paso algunas lesiones graves a la Gramática. Pero hasta eso se acepta complacido como un sacrificio. ¿No es el templo un lugar de penitencia?

Maturana disfrutó de todas aquellas delicias durante una hora larga. Salió y, desde

los grandes ventanales que dan a una calle lateral, contempló el romántico claustro, que parece una cosa de Burgos o de Segovia.

Pensó volver en seguida a Biarritz. Pero antes realizó una cosa trascendental: como él tenía que almorzar en el Palais a eso de la una, y sólo faltaban para ello cuatro horas, penetró en una tabernita muy modesta y silenciosa que había frente a la catedral y se tomó un vermut.

Porque tenía ya perfectamente determinado lo que había de hacer.

Su forma de acudir a la cita que la dama blanca le había dado sería la siguiente: llegaría al Palais poco antes de la una, pediría una mesa para él solo, procurando que enfocase bien con la ocupada por la dama; para esta labor de enfocamiento le ayudaría la amabilidad del *maître*—los *maîtres* son siempre amables—de aquel *maître* del Pa-



lais, que, de tener menos estatura, habría recordado mucho a Napoleón.

Pero a Napoleón el bueno, entendámonos.

Conseguida la mesa, esperaría unos minutos en el *hall,* por si llegaba ella; acaso quisiese que la entrevista se celebrase antes del almuerzo.

Si no llegaba, entraría en la espléndida rotonda sobre el mar, que es el comedor del Palais; ocuparía su mesa; pediría como entremés un trozo de salmón ahumado—diez y siete francos la ración—y... seguiría esperando.

Llegaría la dama, que, durante la comida, él la miraría de un modo discreto, como si fuera el *menu,* no de ese modo insolente, petulante y agresivo que miran los españoles a las mujeres.

Al levantarse de la mesa volvería al *hall* para tomar café, y seguiría esperando.

Entonces la entrevista, si no se había producido ya, no tendría más remedio que producirse. La dama había hablado con toda formalidad y no era de esperar que faltase a su palabra.

Maturana se bañaba en agua de rosas, saboreando de antemano su programa. Iba pensando las frases que diría, los giros que pensaba usar, porque en estas materias era enemigo de las improvisaciones.

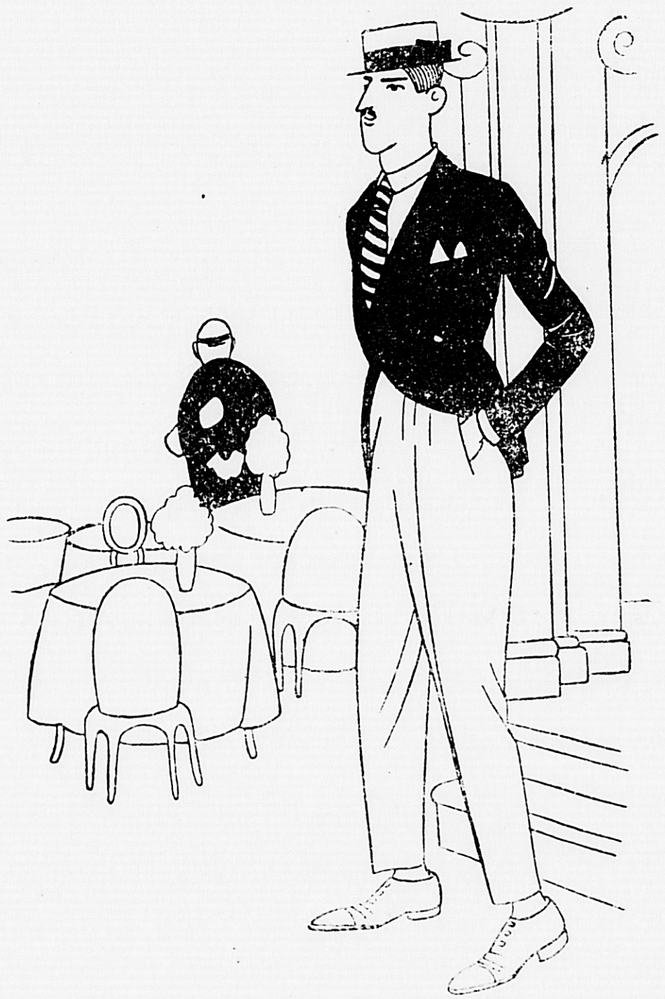
Si algo se le ocurría en el momento dado, no dejaba de aprovecharlo; pero le gustaba llevar de antemano trazadas las líneas generales de su plan de ataque, para evitarse sorpresas.

Cuando Maturana penetró en el comedor del Hôtel du Palais—la una y cinco minutos—había aún en él muy pocas personas.

En Francia se habían modificado bastante las horas de las comidas, con arreglo a un criterio más racional, que las ponía más de acuerdo con el horario solar y estomacal.

La mesa que ocupó Maturana era una mesa cualquiera. El jefe de comedor no había podido ilustrarle en lo que él deseaba averiguar; toda la ciencia del falso Napoleón se había estrellado contra la falta de detalles precisos.

—No sé por quién me pregunta el señor.



En aquella mesa come una señora sola...; en aquella de al lado del ventanal, otra...; en aquella del fondo, otra... En este momento tengo siete señoras solas en el comedor.

—Esta es una señora rubia, que lleva un abrigo blanco.

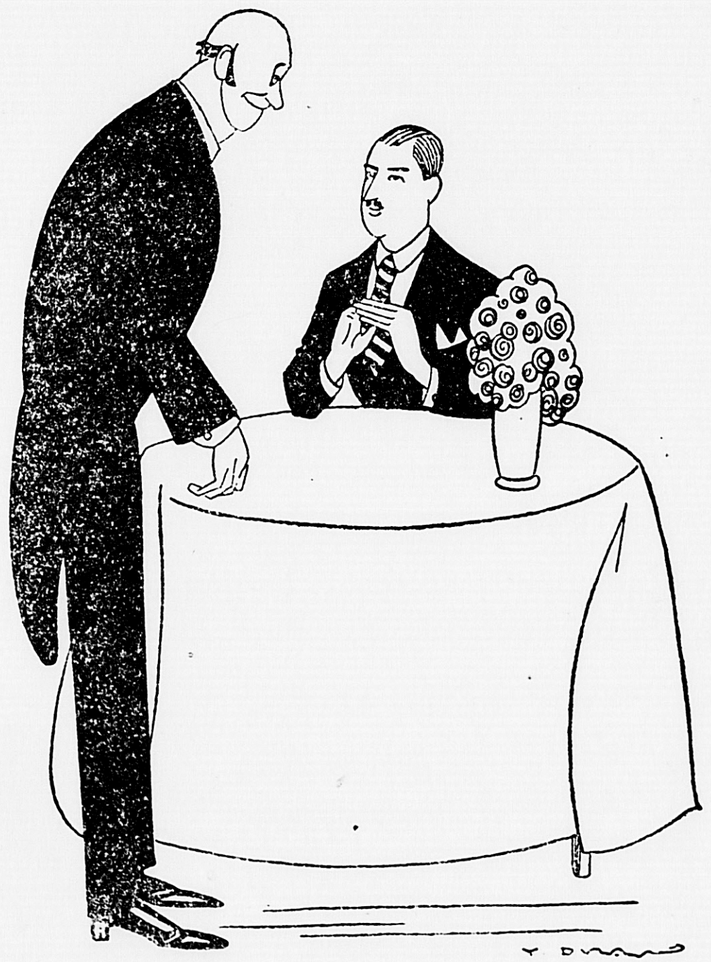
Napoleón no pudo reprimir una sonrisa despectiva.

—Este año se llevan mucho los abrigos blancos; pero las damas que vienen a este comedor suelen tener en el equipaje siete u ocho abrigos.

El preguntón aceptó la lección y tascó el freno.

—Bueno; ésta que yo digo, anoche por lo menos llevaba un abrigo blanco.

—El señor tiene, seguramente, razón; pero ese abrigo, esa dama, para sentarse a la mesa, de fijo lo dejó en su habitación o en el guardarropa.



No cabía duda que el lenguaje de *Napoleón* era de una lógica kantiana. El comensal hubo de aceptar una mesa cualquiera, y lo único que hizo, despreciando por una vez al mar, su gran amigo, fué sentarse de espaldas a él y de cara a la puerta de entrada. Era toda la estrategia que se podía permitir.

En efecto: la posición era tan estratégica, que, al poco rato de estar Maturana a la mesa y cuando aun no había llegado el plato de huevos, vino a sentarse en la mesa inmediata, de cara a él y tapándole un poco la puerta, un señor, también solo; pero acompañado por unos bigotes tan descomunales, que no parecían humanos.

Al masticar, operación que hacía como una trituradora mecánica, aquellos bigotazos subían y bajaban por todo su rostro de una manera inverosímil, llegando, en su altura máxima, a la de las cejas, y bajando luego

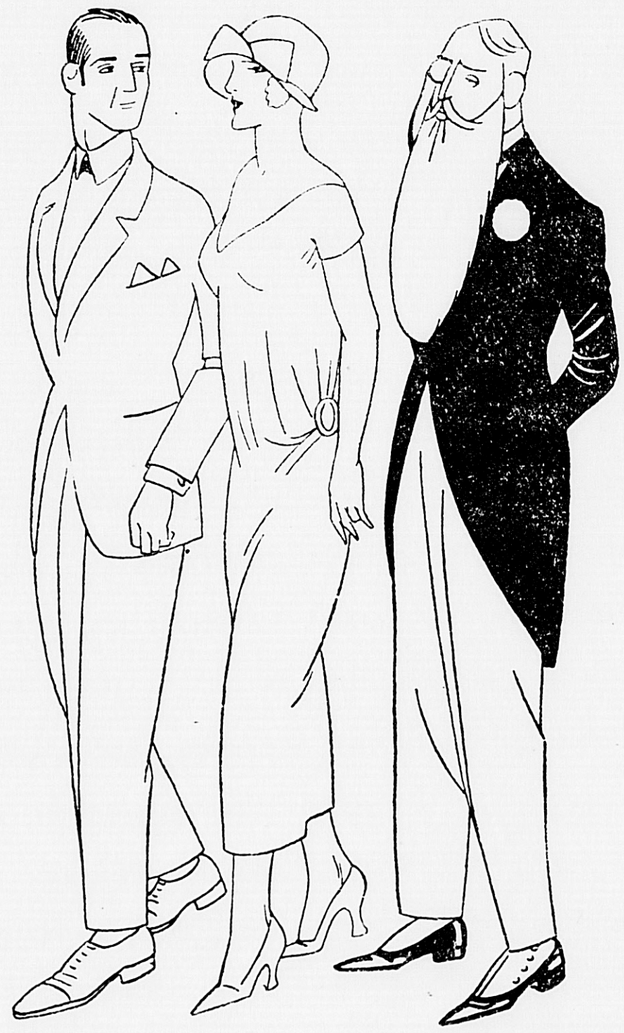
hasta confundirse con las negruras de la corbata.

A Maturana aquello le hubiera producido una risa de escándalo, de no haber tenido el ánimo embargado por la emoción de la espera.

Pero su emoción iba a tener un término. En la entrada del comedor se dibujó la silueta inconfundible de su dama.

No venía sola—o por lo menos eso creyó él—. Tras ella venían los dos tipos con los que, en la madrugada anterior, la había visto en el jardín del "Château Basque".

A Maturana se le puso un nudo en el cuello, a más del de la corbata. Por un momento creyó en una burla de la muy cruel; pero su asombro fué tan grande como consolador cuando vió que la dama, sola, avanzaba muy decidida hacia una mesa, mientras los que él creyó sus acompañantes, ocupaban otra si-



tuada precisamente en el extremo opuesto del gran salón.

Algo contribuyó a amargar su alegría el hecho de que la mesa ocupada por la dama quedaba precisamente a sus espaldas. Para verla tenía que volver por completo la cabeza, y aparte de que le tenía miedo a la torticolis, recordaba que ella le había recomendado mucho que no cometiese imprudencias.

El lector ya supondrá que Maturana no se dió muy clara cuenta de lo que comía. De pensar que teniéndola tan cerca no podía, sin embargo, contemplar a su dama, le entró una suave melancolía.

Pero la vida tiene a veces caprichos extraños, según aseguran los literatos, y en este caso de Maturana vino a proporcionarle una liviana satisfacción por el medio más inesperado.

El comensal, para disipar un poco las bru-

mas de su alma, había pedido una botella de Saint-Emilion, que, de los vinos tintos de Burdeos, era acaso el que más le llenaba. Y, ¡oh, prodigio del acaso!, en el cristal obscuro de aquella botella, por un fenómeno de óptica que conocen todos los suspensos en Física, vino a reflejarse la imagen de la dama blanca, que aquí, sobre la superficie cóncava del cristal, aparecía completamente negra y con las facciones algo alteradas.

Aquello le dió una gran tranquilidad de espíritu. La tenía allí, delante de sus ojos, contemplándola a su sabor, y cada vez que echaba un trago del rojo líquido bordelés, le parecía que se bebía también un poco de su sangre.

Ella, al entrar, ni se había fijado en él, ni le había buscado con la mirada; pero ahora no tenía más remedio que haber comprobado su presencia en el comedor.

Terminó él la comida antes que ella, y, también sin mirar, salió al *hall* de entrada y eligió una mesita que había en un rincón, cercana al ascensor y enfrente a las vitrinas en que una dama muy bien plantada vendía una porción de chucherías.

El sitio no estaba mal elegido; desde él se veía el comedor y, en cambio, el observador estaba medio oculto por una de las pilastras que adornaban la estancia.

El sexteto tocaba un número de *Dede*. Maturana pidió un filtro y coñac, ese excelente coñac francés, padre de todos los licores.

—Lo primero que le dije a usted, en esta especie de confesión a que me presto muy gustosa, es que me llamo Alfonsina.

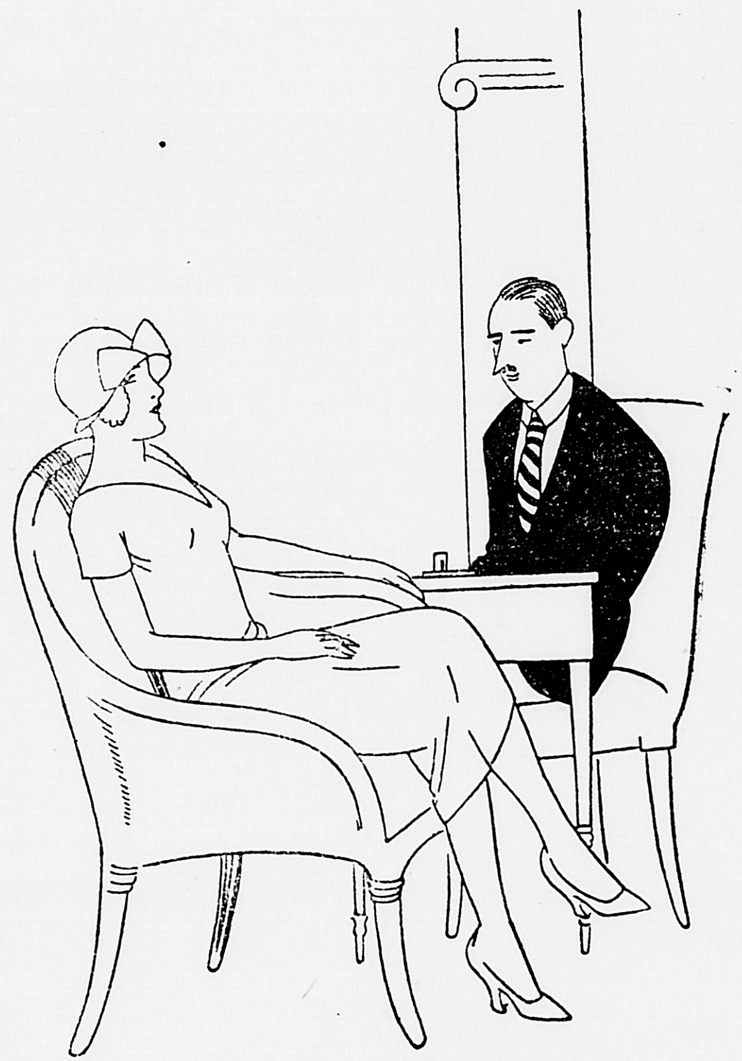
—¡Hombre, qué bien! Como la dama de las camelias.

—¿Qué dice usted? La dama de las camelias, ¿no se llamaba Margarita?

—La de la novela, sí; pero el modelo vivo, la que fué amante de Alejandro Dumas y la mujer más célebre de París en su época, ésa, ¿no lo recuerda?, se llamaba Alfonsina Duplessis.

—María.

—Ese fué su nombre de guerra, pero el



verdadero era el otro, el de usted. En su sepultura del cementerio de Montmartre reza así: Alfonsina Duplessis.

—No lo recordaba... Pero sigo. Efectivamente, como usted suponía, he nacido en Francia, aunque le advierto que, para no olvidarme del sitio en que nací, he tenido que recordarlo muchas veces.

—¿Por qué?

—Porque ¡he estado en tantos sitios y he vivido en tantos países...! Yo no estoy conforme con eso que afirma la gente de que el mundo tiene cinco partes; tiene muchas más. Yo, por lo menos, he estado en muchas más.

—¿Es usted casada?

—Sí, señor.

—¿Y divorciada?

—¡Naturalmente!

—Su marido de usted, ¿está en Francia?

—Está aquí, en Biarritz, en este hotel. Es ese señor de la barba blanca con quien me vió usted anoche en el "Château Basque" y que ha salido hace poco del comedor.

Maturana se la quedó mirando fijamente. ¿Empezaba la broma?

—¿De qué se asombra usted?

—Pero... ¿ese señor tan respetable es su marido de usted?

—Sí, señor. ¿Verdad que es un buen tipo de hombre?

Estuvo por decir que a él le parecía un oso polar, pero se contuvo a tiempo.

—Y si es su marido, ¿por qué no come en su mesa de usted?

—¿No le he dicho que estamos divorciados?

—Entonces, ¿cómo estaba usted anoche con él?

—Ese es uno de los capítulos de mi historia.

—Vamos, sí: se han encontrado ustedes aquí, en Biarritz, por casualidad.

—Nada de eso; si yo no hubiera venido, no habría venido él, y viceversa.

—¡Bien!

—Mire usted... Pero procedamos con cierto orden. Yo soy hija de una lavandera de París, que murió ya la pobre.

—Moriría de reuma muscular, como todas las lavanderas—apoyó Maturana enternecido.

—No, señor: la mató la revista del catorce de julio.

—Algún camión de artillería...

—No, señor: una insolación.

—¡La pobre!

—Mi padre...; pero, no. Mi padre es para mí como un desconocido. No hablemos de mi padre.

—Como usted quiera, señora.

—Yo me eduqué en un colegio de huérfanas de Auteuil; después fuí novicia en un convento de Blois, y más tarde, del cuerpo de baile del Casino de París. He sido taquillera del Metro, en la plaza de la Trinidad, y allí me conoció el que fué luego mi marido.

—¿Ese anciano de las barbas de algodón?

—El mismo.

—¿Es parisién?

—De Holanda.

—Y, ¡claro!, ¿la sacó a usted de la taquilla?

—Sí, señor; para colocarme de cajera en una refinería de petróleo de las islas Bermudas, de donde me escapé antes del año.

—¿Con algún dinero ajeno?

—No, señor: con lo puesto.

—¿Pues no dice usted que estaba de cajera?

—Pues ahí verá usted... Me volví a tro-

pezar en Marsella con el de las barbas blancas; me casé con él; era invierno; emprendimos un viaje por la Costa Azul, y, al llegar a Niza, nos divorciamos.

—¿Cuánto tarda el tren de Marsella a Niza?

—Hicimos el viaje en *auto*.

—¿Y cuánto tardaron ustedes?

—Poco más de una hora. Nos divorciamos, pero seguimos viajando juntos.

—Ya, sí, como dos compañeros. Eso lo he visto yo en el *cine*.

—Mi marido decía que no podía vivir sin verme; pero que se había convencido de que no servía para ser mi marido.

—¿En una hora?

—¡Bah! Le sobraron cincuenta minutos.

—¡Ah!...

—Aquel viaje duró cinco años: recorrimos toda América, las islas Filipinas, las Marianas...

—¿Le gustan a usted las Marianas? Un cuñado mío era de allí.

—A mí me gusta todo.

—A mí, no.

—Luego fuimos al Japón, a la China, a la India, a la Meca, a Egipto; recorrimos todo el Mediterráneo...

—¿Ha estado usted en España?

—¡Ya lo creo!: Gibraltar.

—¡Ah!

En aquel momento el sexteto que amenizaba las comidas y las sobremesas del Palais empezó a tocar su última pieza. La *Banderita,* de *Las Corsarias.*

A Maturana se le humedecieron los ojos.

¡Ah, la Patria!

Y, sobre todo, la patria lejana.

Claro que allí no estaba más que a unos kilómetros de distancia; pero de todas maneras...

Ya habrá supuesto el lector—¿no es proverbial su perspicacia?—que el diálogo anterior se mantenía entre la dama blanca y Maturana en un delicioso rincón de la galería que precede al comedor del Hôtel du Palais.

Se había hecho desear la interesante mujer; pero, al fin, Maturana, como todo el que sabe esperar, le había llegado su hora.

Su buena hora, queremos decir.

Salieron primero del comedor el marido y el joven apuesto. Aun pasó un rato y salió ella; se veía que tenía interés en que aquellos parajes se despejasen un poco, y en que las gentes, terminado su café, se subiesen a

dormir la siesta o se marchasen tranquilamente a la calle.

Y en efecto, cuando ella pasó por delante de Maturana, en el *hall* y en la galería quedaba muy poca gente.

Decimos *pasó* porque eso fué lo que hizo; sin deterse y sin mirarle siguió hasta el ascensor y se metió en él.

A Maturana le dió un vuelco la sangre. Pero ¿qué iba a ser aquello? Entre las varias formas que se conocían en Francia de... *posser un lapin* aquélla era la que revestía una mayor crueldad.

Sus juicios eran temerarios. No habían pasado diez minutos cuando, en uno de los descensos del ascensor—no me atrevo a escribir *en una de las bajadas,* no se vaya a enterar la Liga contra la Pornografía—, vació sobre el pavimento la figura grácil de su adorada.

Por lo visto había subido a su habitación a lavarse la boca o a cumplir una de esas necesidades morales que sienten a veces los espíritus femeninos: estirarse una media o arreglarse un lazo de la camisa.

Con toda naturalidad fué derecha a Maturana; éste se puso de pie al verla venir; pero ella, dejándose caer en un silloncito de mimbre que había al otro lado de la mesa, le dijo:

—Siéntese y no haga aspavientos. Como si nos conociéramos de toda la vida.

Y así empezó a hablar. Pero antes, un camarero, requerido por Maturana, recogió la petición de la dama y volvió al poco tiempo con una copa de *cointreau.*

—A mí me gusta mucho el *cointreau.* Es mi licor predilecto.

Bebió un sorbo, hizo con él unos buches en la boca y, con toda naturalidad, arrojó el lí-

quido, mezclado con algo de su propia saliva, a una escupidera estilo Imperio — Segundo Imperio—que había en el suelo, al alcance de sus vómitos. Aquella dama usaba el *cointreau* como dentífrico o colutorio.

Pero sigamos con el diálogo.

—¡Qué bonito es Gibraltar!—decía la viajera impenitente—. Su país de usted es una preciosidad.

—Señora, yo soy de Burgos.

—¿Burgos? ¿Dónde es eso?

—En el corazón de la Castilla hidalga.

—¡Ah!

—Pero... siga usted.

—Si, en realidad, me queda ya muy poco por decir. ¿No quería usted saber quién era yo?

—Pero si es que no lo sé todavía. Usted es una mujer divorciada..., que va a todas partes con su marido; eso es lo único que sé.

—Bueno; y ahora me toca a mí. ¿Usted quién es?

—¿Yo? Nadie. Un hombre que quiere a usted y que la desea con toda su alma.

—No es eso lo que le pregunto; pero ya que lleva la conversación por ese camino, he de decirle que yo no admito adoradores; los pocos que he tenido, platónicos, desde luego, y que se han atrevido a decírmelo, como usted ahora, me los he quitado de encima con sólo contarles mi historia.

—Pero a mí su historia de usted me sirve de nuevo incentivo.

—¡Bah!

—Yo, con sólo verla, sabía que era usted una mujer interesante; su relato no ha hecho más que acreditarme de hombre de buena vista.

—Pero es que a mi relato le falta mi último episodio, que usted no ha oído todavía.

—Después de oírlo la querré a usted más.

—¿Qué sabe usted?

—Sométame a la prueba.

Alfonsina vaciló un poco. Era la primera vez que Maturana la veía vacilar.

Por fin se revolvió en la silla, como quien adopta una postura definitiva, y dijo:

—Pues verá usted: yo, que...

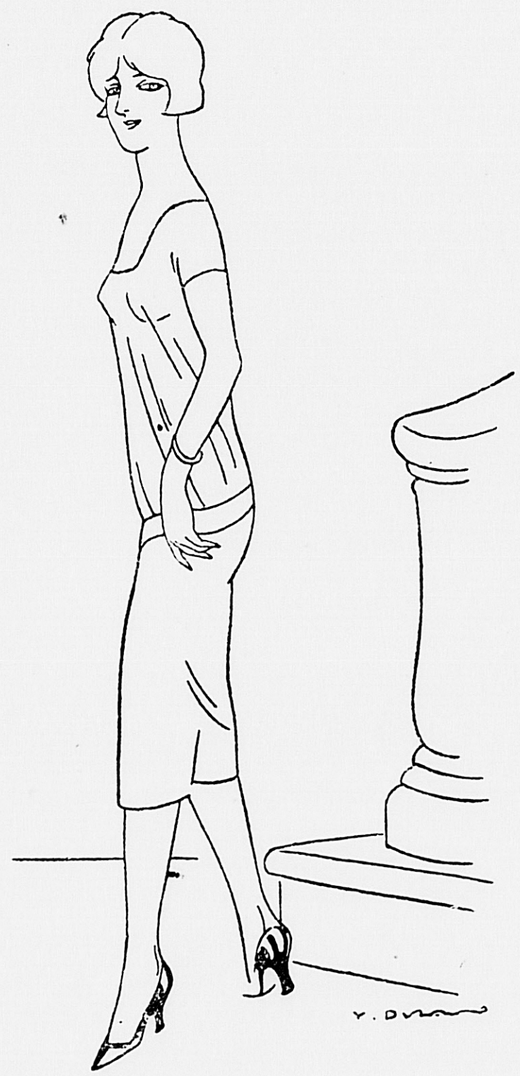
Una silueta femenina, silueta de dibujo de Ribas o de Penagos, se había plantado ante los dos. Era una mujer alta, delgada, que parecía iba a quebrarse por todo su cuerpo; guapa de cara, sin sombrero y con el pelo cortado a lo *garçonne*.

¿Por dónde había venido aquella mujer? Sin duda, distraídos con la conversación, no la habían visto llegar.

—¡Alfonsina!

—¡Odette!

Las dos mujeres, puestas de pie, se abrazaron y se besuquearon de lo lindo.



Maturana se había levantado también; pero con él no iba nada. Al terminarse aquellas expansiones, Alfonsina, volviéndose a su admirador, dijo:

—Pero sentémonos; los tres podemos hablar ahora mejor que antes los dos.

—Le estoy contando a este amigo mi vida y milagros.

—¡Ah! Entonces es uno de tus admiradores.

Se veía que la recién casada estaba enterada.

—Pues ese último episodio..., vamos, último por ahora, de que le hablé a usted antes, helo aquí.

—¿Dónde?

—Es esta señorita.

Maturana estaba empezando a hacerse un lío.

—Verá usted: mi marido es muy bue-

no, y, además de eso, inmensamente rico. ¿Verdad, Odette?

La aludida hizo un gesto que parecía querer indicar que la respuesta a lo que se le preguntaba estaba por encima de todo cálculo.

—Al divorciarnos, él no me reconoció una renta fija: me dijo que me seguiría pasando cuanto dinero necesitase yo para mis gastos, sin tasa ni medida, y, además, que yo era libre para hacer lo que quisiera, ir donde se me antojase y vivir la clase de vida más de acuerdo con mis gustos y caprichos.

—¡Ese hombre es un ángel!

—A cambio de eso, sólo impuso dos condiciones.

—¡Ah!...

—No; pero, aparte de que es muy justo que quien tanto da pida algo en cambio, verá usted que son dos condiciones que a mí no me molestan en lo más mínimo y que yo cumplo muy gustosa.

—Siendo así...

—La primera condición es que él ha de estar viéndome desde lejos y casi a diario. Habrá usted observado que aquí en Biarritz eso es lo que hace... Para ello, basta con que yo le avise de antemano dónde me pienso dirigir: "Ahora voy a pasar un mes en Niza, y pienso vivir en tal hotel", le digo, por ejemplo; y él se va a Niza, se hospeda en el mismo hotel, y nos vemos todos los días. Pero cada cual hace su vida independiente. A él lo que le pasa es que no puede vivir sin verme.

—Ya, ya... Es... un visionario.

—La segunda condición es que yo no he de tener nunca, mientras él viva, otra relación con ningún hombre que no sea la de una amistad, en el sentido más puro de la palabra.

Maturana la miró con estupor, y también con un poco de ira.

—¿Y esa condición salvaje es la que no le cuesta a usted trabajo cumplir?

Con una risita de desprecio, le contestó Alfonsina:

—¡Naturalmente! Ustedes los hombres viven completamente equivocados respecto a eso.

Y ustedes, los españoles, más..., hubiese podido añadir, si ella hubiese conocido de España algo más que... el peñón de Gibraltar.

España es el país donde más abundan los conquistadores de casino de pueblo; esos hombres terribles que creen de buena fe que en cuanto una mujer está más de veinticuatro horas sin ponerse en contacto carnal con algún varón, ya siente ese fuego interior dé que hablan ciertos literatos.

—Ahora que mi marido es hombre que conoce la vida: sabe que una mujer sola por

el mundo ha de sentir muchas veces la necesidad de hablar, de bailar, de sentirse cortejada...

—¿Ve usted?...

—¡Ah! Pero sin pasar de ahí. ¡Qué tiene que ver una cosa con otra! Y para llenar esos menesteres y que yo no tenga que molestarme en buscar quien los llene, tiene a ese amigo, a míster Broodin, ese tipo guapote que vería usted anoche bailando conmigo en el "Château Basque".

—¡Ya le vi, ya!

—Es un hombre muy simpático; es yanqui y millonario: mucho más rico que mi marido. Siempre van juntos.

Maturana, poniendo en sus palabras un desdén que resultaba sumamente cómico, dijo:

—Lo que no comprendo es que haya hombres que se presten a desempeñar papeles así.

—Ya le he dicho que míster Broodin es muy simpático. Pero, además, es que está enamorado de mí.

—Eso quiere decir que a ese hombre lo tengo yo que matar.

—Eso, allá ustedes. Pero sentiría que le matase, porque baila admirablemente toda clase de bailes.

Odette y Alfonsina rompieron a reír, en una carcajada que era un martirio para Maturana.

Se habían sentado muy juntas las dos mujeres, y desde que empezó la parte que pudiéramos llamar escabrosa de la conversación, Alfonsina había tomado una de las manos de su amiga y la conservaba amorosamente retenida entre las suyas.

Se diría que por medio de aquel contacto carnal se comunicaban sus pensamientos.

—Ya le he dicho a usted que mi marido

es muy bueno y conoce a fondo la vida. El sabe que las mujeres somos revoltosas, y que a veces, en la soledad de nuestro dormitorio, sentimos la necesidad, no de eso grosero y material en que ustedes los hombres piensan de continuo, sino de tener al lado una persona con quien bromear y reír un poco. Y para que a mí no me falte esa persona, ha puesto a mi lado a mi amiga Odette.

Al decir esto, le echó el brazo por el cuello a la amiga.

—Ahora llevábamos quince días sin vernos, porque la pobre ha tenido que ir a Lyón a ver a su madre, que está muy malita. Pero ya la tengo aquí otra vez.

Las mujeres juntaron sus caras.

Maturana, de un salto, se puso de pie, y dijo:

—Muy buenas tardes, señoras. Yo me marcho.

Volvieron a reír como locas las dos aludidas.

—¿Ves, Alfonsina, ves? Lo mismo que todos: al llegar a esta parte del relato, se ofuscan y se marchan.

Maturana, que ya iba por el centro del *hall,* para demostrar que él no era como todos, volvió sobre sus pasos y se dejó caer de nuevo en la silla con furor.

—Pues yo no me voy.

—¿Ve usted cómo he acertado?

—¿En qué?

—Le dije que cuando oyera la última parte de mi relato cambiaría de modo de pensar.

—Ha sido un movimiento impulsivo; pero habrá usted visto que me he apresurado a rectificarlo.

—Pues ese impulso es el que vale.

—No, Alfonsina; aunque se enfade su amiga de usted, aquí presente, yo he de repetirla que la quiero a usted con toda mi alma.

—Y yo, ¿por qué he de enfadarme? No

me conoce usted, o, mejor dicho, no nos conoce usted a ninguna de las dos.

—Es posible.

—Pues tendrá usted que quererme desde lejos: ya ve que la condición impuesta por mi marido es seria. Y usted no pretenderá que yo me quede en la miseria por corresponder a ese amor.

—Pero hay alguien que no la ama a usted tan de lejos.

—¿Quién?

—Míster Broochin.

—Se equivoca usted. ¿Por qué? ¿Porque baila conmigo? ¿Porque me habla? También estoy hablando con usted desde hace un rato.

—Sí, pero...

—Usted, ¿qué tal baila?

—En un concurso no sería seguramente uno de los primeros premios; pero me comprometo a bailar con usted seis bailes seguidos sin pisarla una sola vez.

—Pues eso ya es algo.

—¿Por qué es la pregunta?

—Para decirle que no tengo inconveniente en bailar con usted en público cuando quiera. ¡Claro que no seis bailes seguidos!

Maturana se había puesto muy melancólico. A lo lejos, a través de los cristales de la mampara, veía caer la lluvia en el jardín del hotel: una lluvia menudita y persistente, que anunciaba la proximidad del otoño.

¿Todo lo que le ofrecía aquella mujer, a la que él deseaba con voracidad, era convertirlo en su bailarín provisional? Decididamente, la vida es una miseria que no vale la pena de recoger.

Había un silencio en la tertulia, y aun en toda aquella parte del hotel. Era la hora más tranquila de éste: la que mediaba entre el almuerzo y el bullicio aristocrático y bailarín de la hora del te.

Maturana se sentía fracasado; pero comprendía que marcharse así, de pronto, como ya lo había intentado, sería resaltar más su fracaso.

El ascensor, en uno de sus descensos, depositó a poca distancia del grupo que formaban los tres, a dos señores: eran el marido de Alfonsina y míster Broochin.

Al pasar por delante del grupo, en dirección a la calle, saludaron muy atentos a las señoras, y siguieron. De los dos, ninguno tuvo para Maturana ni una mirada de curiosidad.

Aquella conversación en el *hall* de un hotel no violaba en nada el pacto que Alfonsina y su esposo habían hecho al separarse.

—¿Ve usted? Todos cabemos en el mundo—dijo ella—. Lo que no se puede ser es exclusivista.

—El amor siempre lo ha sido—replicó

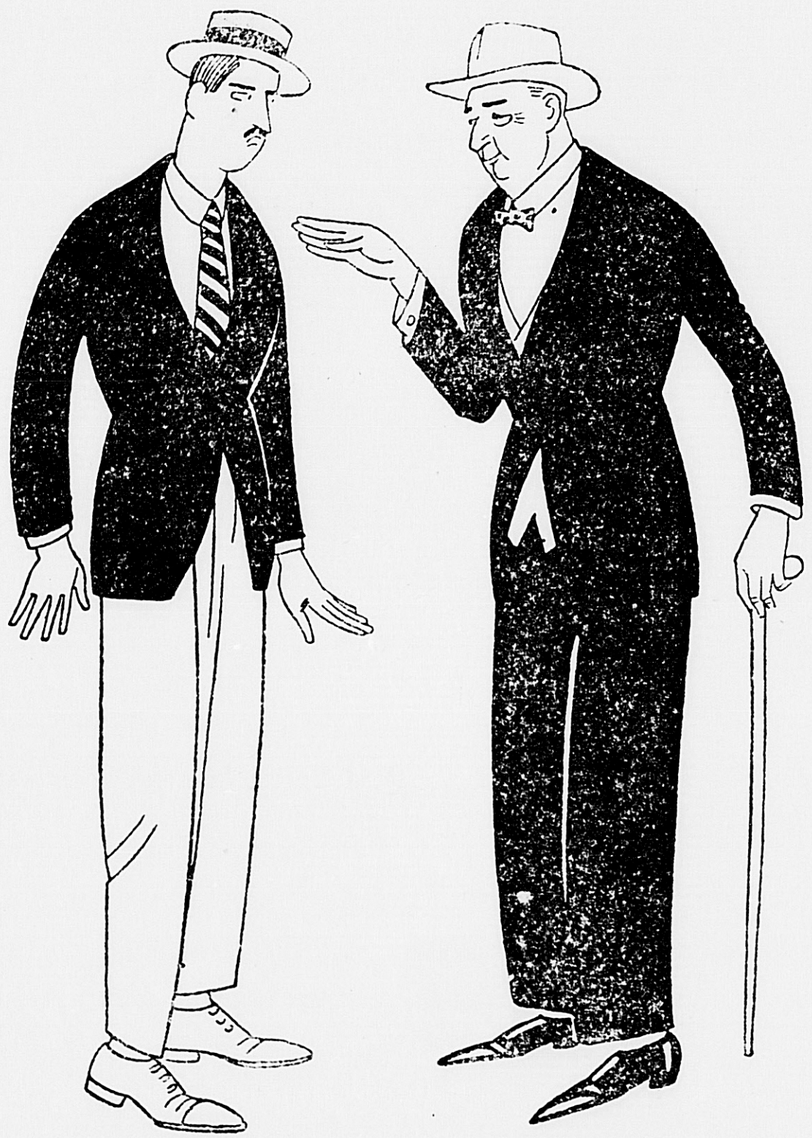
Maturana, poniendo unos ojos bastante acarnerados.

En un sillón, discretamente alejado del grupo, vino a tomar asiento un caballero. Maturana volvió la cara para verle, e hizo un gesto de desagrado: era monsieur Bidache.

En la rápida mirada que cambiaron, el francés pareció decirle: "¿Ve usted, hombre, cómo yo tenía razón?"

A Maturana le desagradaba la presencia de aquel hombre allí, testigo mudo de su fracaso.

El trío tardó poco en disolverse. Aquellas damas habían de subir a sus habitaciones, y se despidieron cordialmente de Maturana. Alfonsina, al estrecharle la mano, quedó citada y convenida con él para bailar dos o tres *fox* y tangos en el primer *dancing* en que se encontrasen.



Al quedar solo Maturana, monsieur Bidache vino a él: solícito, afable, parecía ese amigo, especie de hermano de la Paz y Caridad, que viene a acogernos en su pecho después de nuestros grandes fracasos.

—¿Qué?—le preguntó conciso.

—Nada. He estado hablando con ella.

—Ya estará usted satisfecho.

—Es muy simpática.

Pero Bidache, que conocía sus clásicos, lo había adivinado todo.

Dando unas palmadas en el hombro de su amigo, salieron juntos a la calle, mientras le decía:

—Amigo mío: ¡este Biarritz es atroz!



Biarritz, 1924.



FIN

EN NUESTRO NUMERO
PROXIMO PUBLICAREMOS

Por qué te engaña tu marido

POR

W. FERNANDEZ FLOREZ

ILUSTRACIONES DE
:: VAZQUEZ CALLEJA ::

La Novela de Noche

Oficinas: Mendizábal, 42.
MADRID
APARTADO 473

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

ESPAÑA

Año.....	22 ptas.
Semestre.....	12 —

EXTRANJERO

Año.....	32 ptas.
Semestre.....	19 —

PORTUGAL Y AMÉRICA

Año.....	24 ptas.
Semestre.....	14 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

MUCHAS GRACIAS

30 cts

TOMADLO TODOS LOS SABADOS

◆

DESCONFIAD DE LAS IMITACIONES

◆

EL QUE LO COMPRA REPITE

◆

LA REDACCION CUENTA CON LAS MEJORES PLUMAS Y CON MUEBLES PAGADOS AL CONTADO

REVISTA COMICO-SATIRICA

DIRECTOR

ARTEMIO PRECIOSO



La graciosa figura que ilustra este anuncio, dice con su expresivo gesto, la acreditada y elegante frase «¡Ay que me troncho!»

DEMETRIO

RIVADENEYRA (S.A.) MADRID,

FINAL DE ROLLO

